

NO TENGO TIEMPO  
(NOVELA)

POR  
CIENCIA VUDÚ

Mi lugar favorito es la freidora de papas.

Nadie llega a empleado del mes friendo papas, lo sé, pero por lo menos aquí nadie se fija en mí.

De todos modos soy demasiado chaparra para ser empleada del mes.

Mi pelo no se puede peinar bien.

Se me salen mechones de la gorra del uniforme.

Nadie con un pelo así puede ser empleado del mes.

Sería peor estar mi casa, aunque a veces quisiera no estar ni aquí ni allá. No sé cuánto voy a durar en este trabajo y me gustaría en ese tiempo poder llegar a ser empleada del mes y ver mi foto en la pared. Ahora la foto del Güero de Rancho está ahí y está cabrón tumbarlo porque es güero y porque le cae bien a la gente. Tiene la trompa parada y eso a mis compañeras les parece sexy, yo como que no sé. Ha de babearte toda cuando te da un beso. A muchas eso no les parece tan malo.

Yo como que no sé.

El lugar en la cocina donde hay más gente (y que a mí menos me gusta) es donde se preparan las hamburguesas.

Ahí tienes que escuchar las pendejadas de los demás.

Ahí el Tipo Asqueroso no me quita la vista de encima.

(Me da cosa darle la espalda porque no me quita la mirada de las nalgas.)

Tampoco me gustan las cajas porque tienes siempre al Gerente sobre ti y también a los clientes con la peor clase de mamadas que te puedas imaginar. Bueno, las cajas tienen lo suyo: allá está el Güero de Rancho, él siempre atiende a los clientes y lo hace bien. Si estas en las cajas quiere decir que eres chido.

En la cocina es donde más trabajo hay. La cosa aquí es ir subiendo de nivel. Se supone que las rondas cambian todo el tiempo, pero más bien hay que caerle bien al Gerente para subir de nivel. Ahora que si te toca piso (o sea, limpiar las mesas y trapear y limpiar los baños) estás jodida.

Es como el infierno.

Saco la rejilla llena de papas escurriendo aceite para poner otra carga; hoy he trabajado chido y es una lástima porque justo aquí en la estación de papas es donde menos se luce una. La cocina tiene lo suyo, especialmente las papas. Las papas son como el limbo. El Gerente se da sus vueltas muy de vez en cuando, nomás para echarnos un ojo. A las papas no les hace mucho caso.

En eso estoy, pensando que me chocan las hamburguesas.

Y los clientes.

Y todo mundo.

Cuando sucede lo peor, lo que menos me gusta este lugar.

En eso estoy cuando suena la chicharra.

En un letrero encima de las cajas está escrito: Tú formas parte de un gran equipo. Los clientes no lo pueden

ver, pero nosotros sí. Y lo vemos todo el tiempo. La chicharra suena y todos salen hechos la madre. Es el cumpleaños de algún mocoso y nos toca hacer una fila de conga. Yo también salgo corriendo para quedar detrás del güero, la Ñoña de Lentes intenta lo mismo, y la boto de un empujón. Como siempre, la Maldad se pone al frente de la fila. Tomo al Güero de Rancho por la cintura, me acerco a él y le pego las tetas a la espalda, el pobre es tan bruto que no se da cuenta. A la vez siento cómo alguien se agarra muy fuerte y casi no me deja ni bailar. Volteo y veo al Tipo Asqueroso, quisiera quitármelo de encima pero no puedo hacer nada para evitarlo.

Quisiera que todo se acabe ya.

Ahora mismo.

En hilerita vamos todos a celebrar al cumpleaños que nos mira asombrado. Como nosotros, trae un gorrito de colores en la cabeza y un espanta suegras en la boca. El niño no hace nada con él, no lo sopla, ni estira, ni suena, ni nada; sólo lo tiene así, colgando de sus labios como si fuera un cigarro o algo. La mano del Tipo Asqueroso comienza a deslizarse hasta mi trasero. Volteo y le echo una mirada de muérete y él se me queda viendo así nomás, con la mirada vacía. Afortunadamente nos separarnos para hacer la coreografía y cantar igual que en el programa de televisión: ¡Felicidades, felicidades...! Que bien la pases. Te-ve-ni-mos-a-can-tar.

Entonces me doy cuenta de que la Ñoña de Lentes aprovechó para ponerse entre el Güero de Rancho y yo. Una ola negra se me viene encima.



¡Chaparra, trabajan cuatro dobles con queso y tres crispies!

Hay tanta gente que hasta el Gerente se puso a trabajar. Yo corro de un lado al otro preparando hamburguesas. Volteo hacia la estación de las papas y miro con envidia a la Ñoña de Lentas. Ya ha sacado diez órdenes en tres minutos. Anda muy afanosa, seguramente quiere su foto en la pared junto a la del Güero de Rancho. Para mi mala suerte el Gerente está en una caja cerca de ella y ya tiene las papas de la Ñoña, ya sólo espera mis hamburguesas.

Más allá, la Maldad anda rondando los pays.

¡Que pasó con mis dobles, Chaparra!

Desde la caja el Gerente me mira encabronado. Detrás de él una pelirroja pintada con las pestañas pegadas de tanto rimel también me mira enojada. Hay una fila como de diez tipos esperando más atrás, todos enojados conmigo.

Esta vez tampoco seré la empleada del mes.

Sonreír siempre.

Tú eres un campeón.

Bienvenido al equipo.

En el curso de inducción corporativa vi por primera vez al Güero de Rancho. Llegó con un suéter pardo y camisa color salmón, se veía ridículo, demasiado arreglado. Yo era una facha.

Todavía lo soy.

No pude evitar voltear a verlo. Así estuve toda la semana del curso y por eso no aprendí un carajo. La culpa la tiene él y, además, seguro ni se dio cuenta de nada

porque estuvo muy atento tomando apuntes. Creo que por eso él es el mejor empleado y yo no doy una, además el Gerente me alucina. A lo mejor es porque él siempre viene a trabajar muy limpio y arreglado y a mí el gorrito del uniforme se me cae de la cabeza porque no puedo peinarme: mi cabello es un desastre. Creo que no me asignan a las cajas porque mis fachas ponen nerviosos a los clientes. En este lugar hasta las hamburguesas deben ser igualitas a la de la fotografía del mostrador. Intento componer una doble con queso que no me sale y la presión me mareo. Otras tantas están en el horno cocinándose. Un pedazo de jitomate se me cae al suelo y cuando lo voy a recoger para volverlo a poner sobre la carne agarro la onda de que todo el mundo me sigue mirando y no está permitido darle a los clientes comida del suelo. Así que mejor no lo hago. Me gusta la estación de papas porque las papas son más fáciles, aunque haga más calor. Aquí te pueden despedir hasta porque tu hamburguesa no sea de fotografía. A veces quisiera hacerlas mal a propósito para ver si me corren. La neta es que nunca me atrevo y trato de hacerlas bien.

Aunque no me salga.

¡Chaparra, me urgen esas dobles!

Todos me miran: Clientes, Empleados, el Gerente, la Pelirroja, el Tipo Asqueroso, el Pobre Idiota Disfrazado con una botarga que entretiene a los niños, el Poli De La Entrada, El Güero de Rancho, la Ñoña de Lentes, la Maldad: todos. Quiero que la tierra se abra y me trague.

La lechuga en dos hojitas.

El queso encima de la carne, debajo del jitomate.

Aderezo especial.

Cebolla.

Catsup.

Mostaza.

El Gerente sigue gritándome. Preparar hamburguesas es un trabajo que hasta un chango puede hacer con los ojos cerrados, pero a mí no me sale bien. El tiempo es muy importante: hamburguesas en tres minutos y medio; papas a la francesa, dos minutos con cincuenta y cinco segundos; una orden completa, menos de cinco minutos; tiempo de vida, quince minutos; diez minutos de descanso por cada cuatro horas; empleo de tres años.

Después ya no hay puestos a los que ascender.



Los detalles me dan güeva, además, la neta, no hay mucho que decir: no soy muy alta; sólo he visto la nieve una vez en mi vida, odio los zapatos ortopédicos, una vez concursé para reina de la primavera y desde siempre he vivido en la Unidad Latinoamericana.

Nada más.

Ya es de noche. Ando de rol en la azotea del Paraguay con mis vecinos. Hace un poco de frío, todo está mojado. Ya pasó el verano y no debería llover en esta época. Pero llueve. El Guasón trae un periódico y llena el crucigrama mientras el Grunch está bien clavado haciendo letras con unas basuritas, trae puesta una camiseta que dice: This is not a concept it is an enigma. Neto, dice, me lo contaron el otro día: el fantasma de Rockdrigo se aparece por las noches. Yo prefiero no contradecirlo. Una vecina tiende su ropa en la jaula mientras nos mira desde lejos como con

sospecha, como si estuviéramos pachequeando o algo así. El Guasón no se aguanta y pregunta que en dónde se aparece el fantasma. Pues allá en Tlatelolco, en la Plaza de las Tres Culturas, ya ves, se siente una vibra bien rara en ese lugar, con todo lo que ha pasado. Yo pienso en cuántas veces habré salido de mi colonia. Bastantes, creo. ¿De mi delegación?, pocas ¿Para qué?, aquí hay de todo. Sólo he visto Tlatelolco una vez de pasada cuando fui al Chopo. Parecía como la cantina de la Guerra de las Galaxias.

El Chopo, no Tlatelolco.

¿Y qué hacía Rockdrigo en Tlatelolco?, pregunta el Guasón. ¿Pues qué no ves que ahí murió aplastado en el ochenta y seis? Sí, pero fue por la Zona Rosa, no en Tlatelolco, además, ¿qué no fue en el ochenta y cinco?, en el ochenta y seis fue el mundial. Sí, pues por eso entonces, se defiende el Grunch. Pues por eso. A mí me lo dijeron así, ese güey se aparece en Tlatelolco, me cae, insiste, aunque ya suena menos convencido. Pero eso no tiene ninguna lógica, repela el Guasón. Ya terminó de llenar crucigramas y ahora revisa las ofertas de empleos. En eso me doy cuenta que la vecina se bajó ya hace un rato y que en su lugar está un vigilante de la unidad, viene a decirnos que no podemos estar aquí y que nos vayamos a nuestras casas. El Guasón y yo ya estamos acostumbrados a estas cosas del Grunch. ¿Y entonces qué hacía Rockdrigo en Tlatelolco?, vuelve a preguntar. Pues yo qué sé, contesta finalmente, ve y pregúntale si tanto te interesa, digo, está muerto, seguramente ha de platicar de un chingo de cosas, ¿no? Chale, no te claves. Chido. Cámara. Órale, va.

Abajo también la plazoleta también está mojada, hoy ha sido un día muy largo y estoy cansada. Quisiera que el tiempo pasara más rápido.

Quisiera no ser yo.



Hace dos años fui a conocer la nieve con mis vecinos.

Dijeron en las noticias que estaba nevando en el Ajusco y todo el mundo quería ir a ver porque aquí eso no pasa casi nunca. Yo sólo lo había visto en la tele y en el cine. Anduve chingue y chingue, y al final nos juntamos varios de la unidad. Sólo había un coche muy chiquito, un Renault 5 muy viejo. Como no cabíamos todos hicimos un disparejo para ver quién se iría por su cuenta y quién se subiría al coche. De todos modos a mí me hubieran dado chance de irme en la nave, porque soy mujer y todo eso, pero entonces uno de mis vecinos se hubiera ido solo en pesero. Yo no quise y al final nos fuimos los tres a pie: el Guasón, el Grunch y yo. Desde la salida había mucho tráfico y tardamos bastante para llegar a Periférico y luego bastante más en subir al camino al Ajusco. El pesero iba muy lleno. La fila de autos era larguísima hacia los dos lados. De pura desesperación el chofer decidió darse la vuelta y dejarnos a todos ahí, en medio del camino. De todos modos avanzábamos más rápido a pie. Caminamos un rato y luego los autos se comenzaron a mover de nuevo. Al Grunch se le ocurrió pedir aventón, al principio el Guasón se

enojó, no quería porque según él le daba miedo por mí, aunque más bien era por él mismo. No pasó mucho, nos recogió un chavo solo en un coche de esos viejos y grandes. Cuando lo vi se me hizo inofensivo porque tenía lentes y parecía casi tan ñoño como el Guasón. En todo caso él podría tener miedo de nosotros porque éramos más. Del otro lado del camino venían también muchos coches de regreso. Algunos habían traído cubetas y jugaban a las guerritas con los coches que subían y les aventaban bolas de nieve. Hasta parecía película gringa. Hacia nosotros venía una camioneta con un chingo de chavitos tirando montones de bolas de nieve a los demás autos, cuando llegaron a nuestro lado y estaban a punto de atacarnos, el chavo que nos recogió sacó una pistola de entre los dos asientos de adelante y se las enseñó. Así ya no se veía tan ñoño.

Me quedé callada.

Ni el Guasón ni el Grunch abrieron la boca tampoco.

Mejor nos pusimos a mirar el camino. En cambio, los chavos de la camioneta se quedaron congelados con la nieve en las manos y caras de lellos. Para entonces el tráfico ya era más o menos fluido y los dejamos de ver pronto. Subimos caminando desde el albergue hacia la punta del Ajusco junto con mucha gente que también consiguió llegar hasta allá. Nos cruzábamos con un montón de familias, parejas y grupos bien escandalosos, bajaban gritando y jugando y aventándose. Todo mundo parecía feliz. Desde el coche había visto algunas manchas blancas, pero fue en ese momento cuando realmente comencé a ver la nieve. No era como en las películas, más bien el paisaje era el mismo de siempre: tierra y pasto con algunas zonas blancas más o menos

grandes. La nieve estaba mezclada con el lodo y tenía un tono café, se veía sucia. De todos modos me puse muy contenta. Aunque no alcanzaba como para hacer muñecos ni nada de eso, sí pudimos aventarnos bolas y pelearnos con unos niños que andaban por ahí. Aunque parece más rudo, el Grunch es muy fresa, en cambio, el Guasón le ponía piedras a las bolas. Cuando uno de los escuincles comenzó a llorar nos fuimos de allí. Subimos un poco más. Al poco rato nos aburrimos y nos regresamos.

Entonces fue cuando comenzó a lloviznar.

No habíamos sentido nada de frío hasta que nos mojamos. De bajada todavía me sentía contenta y me aventé a la espalda del Grunch, por unos momentos resbalamos como si esquiáramos. Como lo agarré por sorpresa nos caímos. Nos pusimos un buen madrazo. El Grunch se enojó conmigo.

Quien sabe qué platicamos ese día, a lo mejor estuvimos callados todo el tiempo. Hasta ese momento, según recuerdo, nos la pasamos muy bien.

Cuando dejamos atrás el albergue ya anochecía y llovía bastante recio. Caminamos por la carretera esperando algún pesero o camión para poder bajar de ahí. Casi ya no había coches en la carretera. No vimos jamás algún transporte público, ninguno alcanzó a subir hasta allá. Ya estábamos empapados y muertos de frío. Yo quería con toda mi alma dejar de estar ahí, como fuera con tal de ya no estar ahí. No podíamos hacer nada. Me preguntaba si caminaríamos hasta la ciudad o qué, todavía faltaba muchísimo. Nos cruzamos con algunos restaurantes y yo hubiera querido meterme a tomar un café o una sopa o cualquier cosa caliente. La cosa era que no traíamos dinero y sólo podíamos seguir bajando.

Cada tanto hacíamos alguna pausa para cubrirnos de la lluvia en los toldos. En algún momento nos detuvimos y decidimos volver a pedir aventón. Pasó bastante tiempo y nadie se detenía a recogernos. Al fin nos subimos a la caja de una Pick-up. Había más gente que como nosotros se había quedado arriba sin poder regresar. No había ninguna otra mujer y me molesté porque eran unos tipos muy pesados: le gritaban a los demás coches y hacían todas las bromas estúpidas que hacen los hombres. Después de un rato estaba totalmente congelada y ya no me importó nada. Ya no me daba cuenta de nada. Llegamos a un cruce y nos detuvimos, la fila de autos frente a nosotros era enorme y nadie avanzaba. Comenzó a llover más fuerte todavía y ahí nos quedamos parados quién sabe cuánto. Yo ya ni podía hablar de tanto frío.

En cambio el Guasón no podía callarse.

Le entró algo así como un ataque: tartamudeaba muchísimo, sólo decía que no podía hablar bien, una y otra vez y no se callaba.

Yo comencé a irme, primero no sentía los dedos de los pies, después dejé de sentir los pies completos.

Algunos de los otros monos iban con nosotros se bajaron y se pusieron a caminar. El Grunch se bajó con ellos, yo no podía ir con él porque no me podía mover y no pude ni decirle nada. Me quedé escuchando cómo el Guasón hablaba y hablaba tartamudeando. Pronto dejé de sentir las manos también.

Ahora me parece una exageración, pero en el momento pensé que me podía morir ahí, en la parte trasera de esa

camioneta. Es más, sentía tanto frío que pensaba que si me iba a morir, pues que fuera ya, rápido.

Entonces la fila de autos avanzó de nuevo y conforme los alcanzábamos todos se fueron subiendo uno a uno, incluido el Grunch. En ese momento supe que no me iba a morir y que tarde o temprano llegaríamos a la ciudad.

El Guasón se calló por fin.

Cuando nuestro aventón pasó cerca de La Palma, nos bajamos. No teníamos para el pesero y nos fuimos a pie hasta la unidad. De todos modos no estaba tan lejos.

Desde entonces no ha vuelto a nevar por acá y yo no he vuelto a ver la nieve, sólo en la televisión.

Los demás chavos de la unidad no alcanzaron a llegar al Ajusco porque había demasiado tráfico y se regresaron.



Hoy me toca descanso. Llevo como una hora metida en una pesera. Con el tráfico de Insurgentes tardaremos todavía cuarenta minutos más para llegar a San Fernando. Por lo menos vamos sentadas.

Eso es bueno.

Aunque ya hasta estoy medio acostumbrada al manoseo prefiero ir así, es más cómodo y se puede leer. Bueno, la neta, a mí leer no me late para nada. A mi hermana sí. Se la pasa todo el día metida en el cuarto con un libro en las manos. No es exageración, cuando digo "todo el día" es todo el día, desde que se despierta, hasta la noche. Como no trabaja, ni estudia, ni hace nada, puede darse ese lujo. Mañana te toca acompañar a tu hermana al hospital, me dijo ayer Sonia; pero si es mi día libre, le dije; pues por eso, me contestó.

Pues por eso.

A veces me cae muy mal Sonia.

En la radio están tocando Imitation of Life. Me pongo a cantarla bajito.

Durante todo el camino mi hermana no ha abierto la boca. Cuando no me sé una canción me pongo a ver los anuncios en la calle, aunque, la verdad, me sé la letra de casi todas rolas del radio. Mi hermana está leyendo un

libro que se llama Crónicas marcianas, hasta podría ser su biografía. Para mí es como si fuera de otro mundo. A lo mejor no es marciana, sino que no la entiendo porque somos muy diferentes. A lo mejor simplemente está loca. Quién sabe, seguro si de veras fuera extraterrestre me interesaría un poco más por ella.

Yo quería llegar más temprano para no hacer tanta cola. En cambio, para ella era muy importante venir arreglada al hospital y se pasó dos horas frente al espejo. Ha de creer que se va a ligar a un doctor, que mensa: éstos son médicos del seguro, no de Beverly Hills.

Finalmente llegamos y la sala de espera está hasta la madre. Tenemos que esperar afuera. Mientras dejo a mi hermana leyendo recargada en la pared del pasillo me abro paso para anotar su nombre en la lista de citas de la enfermera. A empujones regreso con mi hermana, parece que no se da cuenta ni de que me fui ni de que volví. Durante unos treinta y cinco minutos nos quedamos así, esperando, y no pasa nada. Las citas no avanzan muy rápido. Voy a ir al baño y le aviso a mi hermana, ella no levanta la vista de su libro ni nada. La dejo instalada en Marte y me voy.

Todos los baños públicos me dan asco, pero más los de hospital. Me aterra la idea de contagiarme de algo, ve tú a saber quién los usa y qué tan bien los limpian. Mientras trato de no rozar el asiento de la taza me consuelo pensando que como éste es un hospital psiquiátrico es más difícil que se me pueda pegar algo, digo, el problema lo tienen en el cerebro. De todos modos prefiero no arriesgarme. Yo preferiría estar en cualquier otro lugar, pero no le guardo rencor a Sonia por hacerme venir hasta

acá. Como está embarazada ya no hace muchas cosas. En el baño se me ocurre pensar qué se sentirá tener problemas de verdad. Acá hay gente muy grave sin nadie que los acompañe y espere con ellos. Mi hermana es más guapa que yo y más inteligente.

Pero por lo menos yo no estoy loca.

A lo mejor si me gustara leer yo sería más lista, o quien sabe. Mi hermana no está en el pasillo cuando regreso del baño y me preocupo un poco: quién sabe qué pueda hacer. No es de las que salen encueradas a gritar a la calle ni nada de eso, bueno, una vez se subió al metro y regaló toda su ropa (y la mía). Me asomo a la sala de espera y no la veo ahí, todavía hay mucha gente. Camino hacia la enfermera de las citas. Tengo miedo de que se haya salido y se haya ido a casa o a cualquier otro lado. Hay tres o cuatro personas esperando en una fila. No me formo y voy directamente hacía la recepcionista. Un tipo al frente habla muy alto y reclama algo acerca de un médico que no está hoy de servicio, o no sé qué; como la señora no puede atenderme espero a que acabe. Le pregunto si no ha visto a una muchacha más o menos alta, con una falda larga y una trenza. Me mira como si yo la marciana fuera yo así que mejor me voy de ahí. Camino hacia la sala de espera fijándome a ver si la encuentro, luego me asomo al baño: nada. Cuando regreso a la sala de espera la veo sentada en un lugar que no sé cómo consiguió. Ya no lee, está dormida recargada en una señora gorda a la que parece no importarle tener a una desconocida babeándole el hombro. Todavía tiene el libro en las manos con un dedo entre las hojas. No sé si

siempre estuvo ahí y no la vi o si acaba de regresar. No tengo ganas de preguntarle nada y la dejo dormir.

